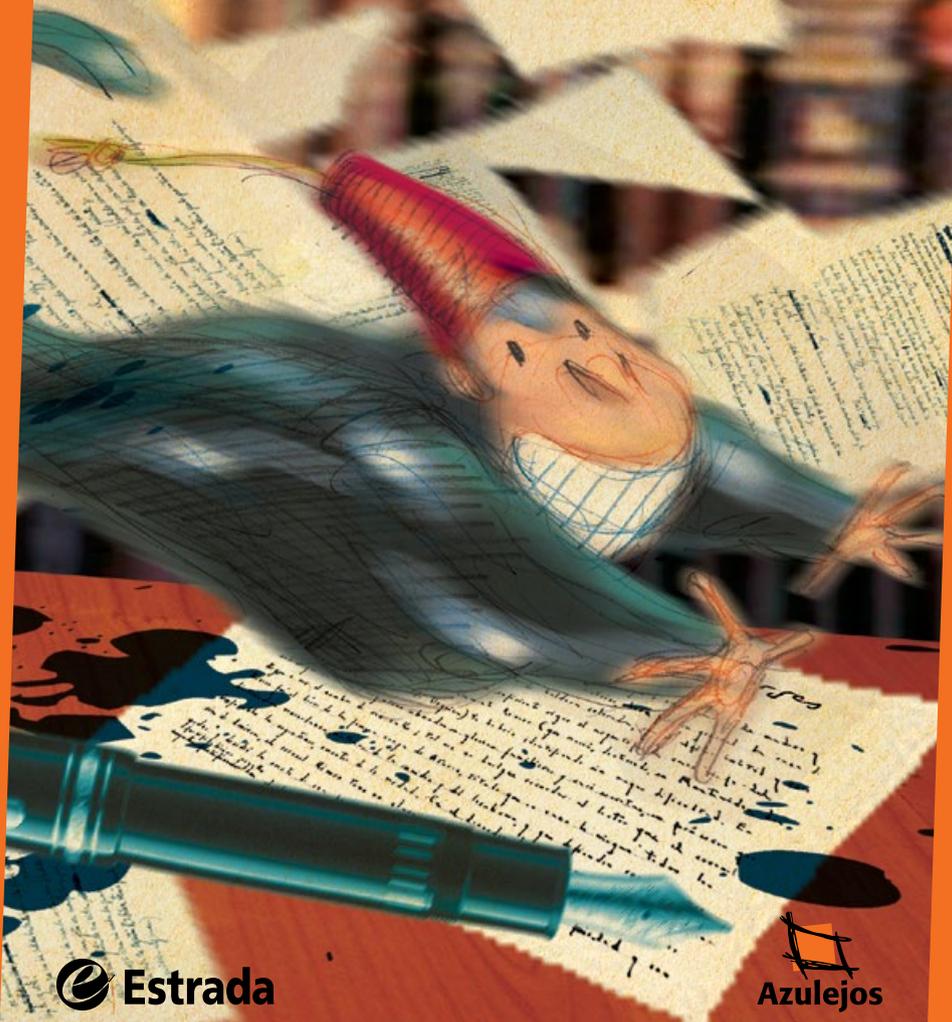


IRIS RIVERA

# El mono de la tinta



 Estrada

  
Azulejos

# El mono de la tinta

Iris Rivera

ILUSTRACIONES  
DE FERNANDO CALVI



Editora de la Colección: Karina Echevarría  
Autor de secciones especiales: Alejandro Palermo  
Corrector: Mariano Sanz  
Diagramación: Karina Domínguez  
Gerente de Prerensa y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Rivera, Iris  
El mono de la tinta / Iris Rivera ; ilustrado por Fernando Calvi. - 2a ed. - Boulogne :  
Estrada, 2014.  
96 p. : il. ; 19x14 cm. - (Azulejos. Naranja ; 35)

ISBN 978-950-01-1690-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Calvi, Fernando, ilus. II. Título  
CDD A863



© Editorial Estrada S. A. 2007.  
Editorial Estrada S. A. forma parte del Grupo Macmillan.  
Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina.  
Internet: [www.editorialestrada.com.ar](http://www.editorialestrada.com.ar)  
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.  
Impreso en Argentina. / Printed in Argentina.  
ISBN 978-950-01-1690-9

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.



BIO-  
GRAFÍA



Iris Rivera nació en Buenos Aires en 1950 y, desde entonces, vive en Longchamps, en la zona sur del conurbano bonaerense. Es profesora de Filosofía y Ciencias de la Educación. Trabajó como maestra de grado durante más de 20 años y también

como profesora. En la actualidad, coordina talleres literarios para niños, jóvenes y adultos. Colaboró como autora en publicaciones infantiles. Escribe para niños y algunos de sus libros son: *El Señor Medina*, *La nena de las estampitas*, *La casa del árbol*, *Manos brujas*, *Aire de familia*, *Cuentos con tías / Vivir para contarlo*, *Los viejitos de la casa*, *Llaves*, *Más o menos* y *Baldanders*.

Varias de sus obras retoman historias que, por muchas razones, han sobrevivido al paso de los siglos. Entre ellas: *La mancha de Don Quijote*, *Hércules*, *Mitos de los terribles dioses griegos* y, en esta editorial, *Frankenstein*, *Cuentos populares de aquí y de allá* y *Mitos y leyendas de la Argentina*.

Cuando le preguntan si escribe para chicos o para grandes, le gusta responder que escribe para personas que están creciendo y que, por suerte, las personas podemos estar creciendo a cualquier edad.

## Un hombre llamado Georgie

La novela que van a leer es una historia de ficción. Es una historia imaginada, pero se inspira en personas y sucesos reales. Georgie, por ejemplo, era el sobrenombre de Jorge Luis Borges, uno de los escritores más importantes de la literatura del siglo XX.

Georgie lo llamaban su madre, doña Leonor, su hermana Norah y también su amigo Adolfo Bioy Casares, otro importante escritor argentino. En cambio Fanny, la empleada de la casa, le decía “señor”.

Borges amaba los gatos, los tigres y los mundos fantásticos. Lo fascinaban los laberintos y los espejos y le encantaba ser, antes que nada, un gran lector. A medida que avanzaba en edad fue perdiendo progresivamente la vista. En uno de sus célebres poemas supo decir que Dios le había dado, a la vez, los libros y la noche. Murió en Ginebra, el 14 de junio de 1986, a los 86 años. Nos quedaron sus cuentos, sus ensayos, sus poemas.

## Los seres imaginarios

En 1957, Jorge Luis Borges publicó el *Manual de zoología fantástica*, en colaboración con Margarita Guerrero. Esta obra, que más adelante se conocería como *El libro de los seres imaginarios*, está compuesta por ciento dieciséis capítulos breves. En cada uno se presenta un ser fantástico de la cultura universal. Es el resultado de un gran trabajo de investigación que hicieron los autores para poder reunir allí tantos seres que la imaginación humana creó a lo largo de los siglos. Entre ellos se encuentran las sirenas, el dragón, las arpías, y muchas otras criaturas que conservan y conservarán siempre su magnífica riqueza.

Una de esas criaturas es, precisamente, el mono de la tinta, que Iris Rivera eligió como protagonista de esta novela. Aquí se cuentan los peligros que corre ese mono en los lugares de asombro a los que llega. Y todo sin moverse de la casa de Georgie. Sin embargo, hay un ser fabuloso que Borges dejó fuera del libro. Es el más fantástico de todos. Pero, mejor, no adelantemos nada más.

# El mono de la tinta



# 1. La madre de las hormigas

—¿Qué animal es ese? —chilló el mono de la tinta con voz nasal de mono resfriado.

Sobre el escritorio de Georgie había un tintero, un papel secante, dos lapiceras, hojas escritas, varios libros cerrados y uno abierto. Allí estaba lo que el mono señalaba. Georgie atrajo el libro hacia sí y pasó los dedos sobre las palabras que ya no podía leer.

—La Anfisbena es serpiente de dos cabezas... —leyó en voz alta el mono, y tosió.

—Oh, sí, la Anfisbena —sonrió Georgie.

—¿Dos cabezas? —dijo el mono.

—Ciertamente —confirmó Georgie—. Con una sola no le alcanzaría.

—¿Para qué?

—Para tanto veneno.

Al mono se le erizó el pelo de la nuca. Miró el tintero antiguo sobre el escritorio de Georgie. ¿Quién se lo habría regalado? El mono no lo sabía. Pero Fanny lo llenaba a diario, cada vez que limpiaba el estudio.

—Necesito un trago —dijo el mono, y empujó el tintero.

La tinta le alivió el ardor de la garganta. Georgie sonrió. Conocía lo suficiente a ese mono como para saber que se sumergiría en el libro. Y le gustaba que así fuera.

Georgie no podía ver bien, pero oyó la zambullida del mono y el siseo de la serpiente de dos cabezas cuando se puso en guardia.



—¿Cuál es la cabeza verdadera? —preguntó el mono desde dentro del libro.

—La de adelante —le informó Georgie.

—¿Y cuál es la de adelante?

Si su vista hubiera sido clara, Georgie habría distinguido al mono frente a la serpiente, mirando hacia una cabeza y la otra sin saber de cuál tenía que cuidarse.

—¿Cuál es la de adelante? —se impacientó.

Y Georgie respondió:

—Las dos lo son.

—¿Pero con cuál muerde?

—Con ambas, con ambas.

El mono de la tinta ya corría por el desierto, perseguido por la Anfisbena que tenía los ojos en llamas. Una de las cabezas iba al frente y la otra parecía ser la cola.

—Hay que ponerse detrás —sugirió Georgie, que a veces disfrutaba burlándose.

El mono le hizo caso y rodeó a la serpiente por detrás, pero la Anfisbena usó la otra cabeza y lo atacó lo mismo con movimientos de látigo y colmillos igual de venenosos.

—¡No tiene detrás! ¡No tiene espalda! —chilló el mono.

Georgie soltó tal carcajada que doña Leonor llamó desde el cuarto contiguo:

—¿Estás con Adolfo, Georgie?

—No, madre, no.

La Anfisbena corría otra vez al mono y le ganaba en velocidad. Cuando estuvo cerca empezó a girar alrededor. Y a tirar dentelladas con las dos cabezas a la vez.

El mono de la tinta, al verse rodeado, cavó en la arena

que le quemaba las patas. La Anfisbena, mientras tanto, achicaba el círculo. El mono cavó más rápido.

Georgie sabía que, llegado el caso, ella también podía cavar. Entonces tanteó sobre el escritorio el cortapapeles y se lo alcanzó al mono. Tenía forma de puñal.

—Cortala —le dijo.

El mono se irguió, tomó el puñal y, en el mismo movimiento, le asestó tal golpe a la Anfisbena que la partió en dos. La sangre helada de la serpiente, al tocar la arena, levantaba columnitas de vapor. Súbitamente, en sus ojos se apagaron las llamas.

El mono empezó a dar tamaños saltos. En una mano, el puñal; con la otra se golpeaba el pecho en señal de triunfo. Respiraba agitado, con silbido de catarro.

—Dame acá —lo apuró Georgie y extendió su palma.

El mono puso sobre ella el cortapapeles que goteaba sangre de Anfisbena. Pero, antes de que lo soltara, Georgie los sacó del libro. Al cortapapeles y al mono. A la Anfisbena, no.

Desde el escritorio, el mono recién salvado vio que la Anfisbena cortada seguía moviéndose. Cada mitad avanzaba sobre la arena, culebreando hacia la otra. Cada mitad con su cabeza, sangrando por el corte. La arena hacía ruido de fritura al caer la sangre fría. Más cerca, más cerca. Hasta

que los bordes del corte se tocaron y los dos pedazos se unieron en una sola Anfisbena. Los ojos se encendieron como cuatro hornallas. Las dos lenguas entraban y salían. Los colmillos parecieron más largos. La Anfisbena estaba buscando al mono por todas partes.



El mono quedó sin habla, rascándose la cabeza. Georgie lo había rescatado justo a tiempo. En eso vio salir, de la arena, una fila de hormigas que se dirigían hacia la Anfisbena. El mono las siguió con la vista y vio cómo la alcanzaban. Las hormigas que llegaban iban poniéndose debajo del cuerpo de la serpiente. Y la serpiente se iba calmando. Cualquiera hubiera dicho que se estaba durmiendo aunque, como no tenía párpados, no se podía saber. Las hormigas cargaron con ella. La Anfisbena las dejó hacer. Iba recostada como quien toma sol y se dejaba llevar al hormiguero.